

LAICOS...

ES LO QUE SE NECESITA

En Panamá, sacerdotes de Chicago han visto crecer su Parroquia, alimentada por la Palabra de Dios y un sentido cristiano de la comunidad.

FRANCISCO BRAVO

San Miguelito es un desparramado grupo humano de aproximadamente veinte millas cuadradas, al Este de la ciudad de Panamá. Muchos de sus 45.000 habitantes son recién llegados del interior del país. Hasta hace poco, este conglomerado fue el distrito más triste, más abandonado, de la ciudad de Panamá. Los ranchos, fabricados sobre tierra apisonada, estaban acumulados a troche y moche. Sus paredes de madera ligera y sus techos de hoja de lata daban muy poca protección contra el calor, la lluvia y la humedad. No había calles pavimentadas, ni alumbrado, ni agua, ni protección policial. Y lo peor de todo: el pueblo vivía bajo la constante amenaza de expulsión.

Hace seis años, el gobierno decidió desarrollar esa zona. El Instituto de Vivienda y Urbanización, colaborando con el Banco Interamericano de Desarrollo, empezó un programa de viviendas a bajo costo, con un pago fácil y a largo plazo.

Todos reconocen el importante papel que el experimento pastoral de San Miguelito, iniciado hace cuatro años, ha jugado en el desarrollo del distrito. El primero de marzo de 1963, tres sacerdotes de la arquidiócesis de Chicago iniciaron un proyecto ambicioso: crear una parroquia modelo. Luego, otros sacerdotes y algunas monjas de Maryknoll se unieron al equipo. Se trataba, sobre todo, de que fuera una parroquia preocupada por la búsqueda de un espíritu de comunidad.

En medio de este pueblo rasgado por las divisiones y debilitado por la inseguridad, los sacerdotes de Chicago trataron de crear unas pequeñas "parroquias" a nivel de barrios, con rasgos y vida de una familia auténtica.

Extracto de un artículo publicado en la revista "América", 8 abril 1967, y traducido por Jacques Beguin. Su autor, Francisco Bravo, es un sacerdote ecuatoriano, autor de algunos libros de Teología y de un amplio estudio sociológico: "La Parroquia de San Miguelito", de 446 páginas.

Su objetivo y su sueño eran formar una familia de Dios. Para lograr esto empezaron por sumergirse ellos mismos en el verdadero corazón de su pueblo, donde buscaron "soltar la palabra de Dios" encadenada dentro de cada hombre por un millón de circunstancias externas y problemas internos. La palabra de Dios proclamada, celebrada y vivida de casa en casa, de barrio en barrio, nunca para individuos, siempre para grupos, tal ha sido el principal y quizás único recurso de esta comunidad.

La comunidad cristiana de San Miguelito se ha convertido en la "Mecca" de visitantes: pastores (católicos y protestantes), teólogos, sociólogos —aun no creyentes que tienen el presentimiento de que algo excepcional está ocurriendo— vienen incesantemente a San Miguelito.

Vamos a detenernos en el aspecto más significativo de este experimento: el movimiento apostólico de los laicos. Veamos cómo ha sucedido y cuál ha sido el proceso por el cual simples obreros, faltos de todo tipo de formación, se han convertido en "sacerdotes existenciales" dentro de su comunidad.

El primer paso: desfeminizar la Iglesia

Los misioneros vieron que en Panamá, por lo menos, el catolicismo era una religión de mujeres y niños. Sin complicarse en teorías elaboradas, empezaron su trabajo sobre los hombres. Se propusieron desfeminizar la imagen de la Iglesia o, más exactamente, masculinizarla.

Un gran número de hombres, ya de antes, pertenecía a juntas cívicas luchando por dar a conocer al gobierno las legítimas demandas de su barrio. Había por lo menos quince grupos diferentes. Muchos de ellos estaban buscando sus propios intereses. Todos estaban tristemente desunidos. Poco a poco, los misioneros lograron integrarlos en una sola unión: Los Hombres Cristianos de San Miguelito. Este nuevo grupo ha dado una mayor eficacia a sus reivindicaciones cívicas; fueron capaces de obtener, por ejemplo, más escuelas para su zona. Pero hacía falta motivación suficiente para que permanecieran unidos, y como hasta entonces la unión era el producto de circunstancias exteriores, resultó que la asociación se disolvió rápidamente.

Entonces, los sacerdotes se dieron cuenta de que la organización era imposible sin alguna formación previa. Así hicieron otro intento más sistemático: empezaron a fomentar discusión de grupos entre los hombres. Se celebraron primero en la casa parroquial; luego, en casas de cada barrio. En ellas sacerdotes y laicos examinaron juntos los problemas de la comunidad a la luz de la Palabra de Dios. Inmediatamente, la manera sincera con que hablaron los sacerdotes caló entre los hombres; antes no habían visto sacerdotes semejantes. Dos o tres meses de intensa actividad empezaron a despertar una conciencia de comunidad en algunos parroquianos. En esa atmósfera creciente de conocimiento o "concientización" se celebró la primera misión parroquial. Era bastante distinta de la misión tradicional latinoamericana. En primer lugar, no era un movimiento indiscriminado de masas, sino una proclamación viva de la Palabra de Dios para aquellos que habían tenido ya algún contacto con ella en la discusión de grupo; unos 700 asistieron a la Misión. En segundo lugar, el predicador de la Misión era un laico. La excelencia de este misionero laico fue una revelación para los parroquianos de San Miguelito. Muchos de ellos dijeron como San Agustín: "Si él puede hacerlo, ¿por qué no yo?" Otros, principalmente jóvenes, preguntaron a los sacerdotes si ellos también podrían predicar como Jesús Rodríguez. Este hombre sencillo y ardiente, casado y padre de cuatro hijos, se convirtió para ellos en un signo y una llamada. Su ejemplo despertó las primeras vocaciones entre sus oyentes.

La Misión hizo posible reunir 25 hombres entusiasmados, impresionados por el ejemplo del predicador laico. Se inició para ellos un curso intenso de cristianismo, compuesto de cinco discusiones semanales, por la noche, durante tres meses aproximadamente.

El segundo paso: cristianizar la familia

Durante los primeros siete meses del experimento de San Miguelito, los sacerdotes dedicaron su atención a los hombres únicamente. Lentamente, sin embargo, empezaron a reconocer la necesidad de un cambio de dirección. Había una ilusión desconcertante y peligrosa: evangelizar hombres fuera de su ambiente natural, la familia. Además, pronto se evidenció que la ausencia del sentido cristiano en la familia era el corazón de los problemas de San Miguelito. Los primeros en destacar este hecho no eran tanto los sacerdotes como los laicos, quienes en el proceso de desarrollo de la "concientización" adquirieron una conciencia penetrante de sus propios problemas.

De este modo, lo que ahora es conocido como "Cursos de la Familia de Dios" se ha concretado en una serie de cursos informales destinados a comunicar a los maridos y esposas un sentido cristiano de la vida. Antes de empezar un curso en uno de los barrios, los sacerdotes y los líderes laicos visitan cada una de las familias muchas veces, invitándolas a participar en "una discusión" sobre los problemas de la parroquia.

Los cursos de la Familia de Dios se tuvieron en cualquier lugar posible. En los patios de recreo, pórticos, sencillamente y sin ningún aparato exterior. Doce o quince de las parejas previamente invitadas se encontraban después del trabajo, a las ocho de la noche. Toda esa gente era obrera: obreros diurnos, conductores de autobuses, sirvientes, obreros de la construcción, de lavanderías, etc. El líder de la discusión no tenía silla o mesa especial: fuera sacerdote o laico, tomaba una silla junto a los demás y, después de lograr un ambiente amigable, empezaba la discusión con una serie de preguntas. Las preguntas eran sacadas de la experiencia misma de la gente y así cada uno estaba involucrado en las preguntas y respuestas. Sin embargo, la discusión iba según un plan definido.

En los cuatro últimos años estos cursos de la Familia de Dios han pasado por importantes modificaciones para adaptarlos a las necesidades de San Miguelito. El poder de "concientización" que contiene este diálogo en forma familiar es extraordinario. (Aquí la palabra "concientización" se utiliza en el sentido adoptado por Teilhard de Chardin y el filósofo brasileño Paulo Freire.) Los participantes descubren ellos mismos sus valores, sus defectos, su potencial humano. Poco a poco, son capaces de entregarse ellos mismos a la Palabra de Dios, que descubren viva y presente en sí y en el corazón de la comunidad. El curso no es un monólogo de un predicador frente a un grupo pequeño de oyentes escuchando silenciosamente, sino la conversación de una familia. No es un curso de instrucción, sino el proceso que prepara los participantes para realizar un compromiso cristiano que puede expresarse en San Miguelito por una frase característica de Teilhard: "Para ser más, para ser más unidos." La promesa de unión en Cristo para ser "más" es el resultado final de estas reuniones que continúan por tres o cuatro meses.

Para los líderes: "Cursillos de iniciación"

Cada curso de la Familia de Dios está generalmente reforzado por un "cursillo de iniciación". Treinta, cua-

renta o cincuenta de entre los participantes de diferentes grupos y sectores se reúnen en el Instituto Pastoral de la Parroquia, el domingo por la noche. El propósito de este cursillo consiste en adelantar vivamente la "concientización" despertada en los cursillistas y llevarlos a un compromiso explícito y solemne de vivir unidos en nombre del Señor.

El cursillo se compone de dos elementos alternativos: una serie de conferencias dictadas en su mayor parte por los líderes laicos, en las cuales se presenta el ideal cristiano en todas sus dimensiones; y, además, entre las conferencias, períodos internos de discusiones por grupos pequeños. El fin de semana se caracteriza por un ambiente de amistad sincera y verdadera alegría, que, sin duda, es uno de los principales medios para ver en la Iglesia una familia viva. Eso mismo les ayuda a realizar un compromiso personal con Cristo y con la comunidad, el "Cristo comunitario". El valor de su compromiso radica precisamente aquí: en lugar de estar dirigido al pasado, a un Cristo histórico, un Señor abstracto, está orientado hacia un Cristo resucitado, presente y activo en la comunidad. Aquí vemos lo que significa "conversión". De la misma manera que, al terminar el curso de la Familia de Dios, los participantes han experimentado, en cierto sentido, una conversión. Pero ahora, al fin del cursillo, avanzan a través de un verdadero Exodo, casi igual al del pueblo de Israel. Habiendo vivido aparte cada uno con su egoísmo, su lucha aislada y su desesperación, salen del cursillo unidos con una verdadera alianza con el Señor del Pueblo, lo que es igual, con el Pueblo mismo, la única manifestación real de Cristo resucitado.

Uno de los signos más impresionantes de este exodo son los testimonios dados por los cursillistas en la celebración de la Eucaristía, el domingo por la noche, al fin del cursillo. Después, la lectura del Evangelio y, generalmente, en lugar de la homilía, hombres y mujeres que hasta ahora nunca han hablado en público se levantan con confianza enfrente de la asamblea y hablan de su experiencia personal; lo que dicen varía un poco, pero todos están de acuerdo con los apóstoles: "Nosotros hemos visto al Señor."

El cursillo se prolonga con las actividades de la comunidad. Además, cada mes los cursillistas se encuentran para una "ultreya" general o celebración litúrgica centrada alrededor de la Eucaristía y con algún rito diferente cada vez.

Algunos comprometidos: los "hermanos"

Después de los primeros cursillos, predicados por el líder Jesús Rodríguez, algunos empezaron a sentir el deseo de convertirse en predicadores de la Palabra. Pronto, muchos de ellos dirigieron cursos de la Familia de Dios. Pero para analizar ese deseo se inició un curso para "profesores". No mucho tiempo después, eran dictados cursillos en San Miguelito únicamente para los líderes laicos. Más tarde había una exigencia para elegir lo mejor dentro de este grupo de profesores; de esa selección han surgido los "hermanos".

Los sacerdotes, junto con los líderes laicos, examinaron la lista de los cursillistas sobresalientes y eligieron un grupo de hombres para representar un papel bastante importante para la vida cristiana de la comunidad. El grupo escogido de 75 y el Padre Leo Mahon, animador y líder del experimento de San Miguelito, les incitó a tomarse una semana para pensar y discutir sus obligaciones; el ejemplo que iban a dar con su vida, su participación en la formación y la organización de la comunidad, sus deberes para fomentar y extender los cursos de la Familia de Dios.

Estos apóstoles —ahora son 105— han lanzado la más prometedora de las revoluciones de América La-

tina: una revolución que gira hacia una unión con el Centro de los Centros: Cristo. En una semana, los líderes de los barrios se reúnen en su propio vecindario para revisar los pasos concretos que han dado y hacen planes para el futuro. En la semana siguiente se reúnen en el Instituto Pastoral para una charla dirigida por un sacerdote, generalmente el Padre Mahon, en la cual profundizan su conocimiento de las Escrituras, siempre por medio del diálogo.

Paralelo con el grupo de hermanos hay el pequeño grupo de sus esposas, dirigido por las monjas de Maryknoll. Algunas mujeres son profesoras de cursillos y dictan conferencias en los cursillos de mujeres; otras son cursillistas "auxiliares". Pero la mayor parte, principalmente las maestras de escuela, se dedican a catequizar los niños en las escuelas públicas o en sus diferentes vecindarios.

El papel decisivo del M.F.C.

En San Miguelito la acción directriz se ha desarrollado preferentemente sobre la base de parejas matrimoniales: en lugar de hombres líderes y mujeres líderes, existe ahora el matrimonio líder. Estos son los frutos del Movimiento Familiar Cristiano. Hoy, en Panamá, el M.F.C. es sumamente popular y eficaz. Desgraciadamente, sin embargo, aunque éste había tenido un éxito excepcional entre las clases media o alta, nunca había sido, ni aquí ni en cualquier otra parte de América Latina, un éxito completo entre las clases pobres. Con respecto a este fenómeno, la explicación del Padre Mahon parece plausible. El M.F.C., dice él, se desarrolla fundamentalmente sobre la base del diálogo. Pero el diálogo supone un cierto nivel de formación humana, y esto está ausente entre las clases pobres y aun a veces entre otras clases.

San Miguelito en esto ha hecho una contribución de gran valor. Porque, aunque en gran parte ignorante, el pueblo de la parroquia ha llegado a capacitarse para el diálogo. El M.F.C. especialmente les ha atraído. Ellos discuten la Palabra de Dios sin ningún sentimiento de inferioridad y con toda naturalidad y tranquilidad, no solamente en las reuniones locales del M.F.C., sino en las convenciones regionales de la ciudad de Panamá y también en otras reuniones sociales. Así, los parroquianos de San Miguelito han llevado al M.F.C., a la vez, una penetración nueva dentro del potencial de la Iglesia y un nuevo acceso al verdadero pobre.

Además, como hemos notado antes, el M.F.C. ha marcado otro paso en la consolidación de la Comunidad Cristiana de San Miguelito. El trabajo de los líderes individuales, o sea, la evangelización; esta labor es ahora confiada a los matrimonios líderes. Muchos matrimonios han sido originalmente responsables de la evangelización individual o a nivel de grupos en su vecindario. Más aún, con su capacidad, algunos matrimonios han iniciado un papel activo en el gobierno mismo de la parroquia. En San Miguelito sucedió esto: a los dos meses, el conjunto de la parroquia —para este momento con seis sacerdotes, cuatro monjas y dos laicos a tiempo completo— comprendió la necesidad de la descentralización. Cada uno de los sacerdotes, en lugar de vivir en la casa común de la parroquia como antes, ha asumido la responsabilidad de vivir en cada una de las cinco divisiones de la parroquia. El Padre Mahon, quien sigue siendo responsable de la sección central, ha establecido un Consejo Parroquial con delegados de cada sector. Todos los delegados —y es el carácter significativo— son matrimonios-líderes, elegidos no por el equipo de sacerdotes, monjas y laicos, sino por la comunidad. Desde ahora, cada subparroquia de San Miguelito, de manera semejante, está administrada y gobernada no por el clero sólo, sino también por matrimonio líder que tiene voz y voto. Es el

último paso y el último signo del desarrollo de la dinámica Comunidad Cristiana de San Miguelito.

La etapa siguiente: diáconos laicos

El paso siguiente en la evolución de la Comunidad será, sin duda, la creación de diáconos laicos. No hay contradicción yuxtaponiendo las palabras "laicos" y "diáconos" si comprendemos que histórica y jurídicamente el clero es nada más que un "oficial" de la institución eclesiástica —algo así como el empleado de una agencia gubernamental. Si lo que está institucionalmente establecido y lo libremente "carismático" existe con derecho igual en la Iglesia, como dice Rahner, no hay razón ninguna para que no pueda existir clero que no sean sacerdotes ni diáconos, y diáconos que no sean clérigos. *Diakonia*, o servicio, connota una relación con la comunidad eclesial; pero no necesariamente con la institución, que es nada más que el aspecto exterior de la comunidad eclesial. Por eso podemos hablar de los "diáconos laicos" como la etapa siguiente —ascensional y convergente— en la comunidad de San Miguelito.

Los diáconos son elegidos dentro del grupo actual de los hermanos. Puesto que todos son casados, los futuros diáconos de San Miguelito deberán estar casados. Después vendrá la ordenación, cuya función al servicio de la comunidad dimanaría de una "potestas ordinis". Pero, sencillamente, este poder podría venir en segundo lugar como una confirmación. Así, antes de recibir las órdenes, muchos de los hermanos son ya "diáconos existenciales". El "poder" que la jerarquía más tarde podría graciosamente concederles podría consistir en la ratificación de algo ya existente y no la creación de una realidad nueva.

De hecho, hace pocos meses, en San Miguelito se han cumplido las etapas necesarias para ordenar al primer diácono laico, Fidel González, un líder excepcional, quien ha participado en la formación de la comunidad desde el comienzo y es actualmente el coordinador de los directores laicos. Una petición se ha presentado para su ordenación al arzobispo de Panamá. Se espera que muy pronto Fidel González será el primer laico ordenado; él es padre de tres hijos y su esposa es una líder seglar.

La originalidad del experimento de San Miguelito es su desarrollo pragmático: no ha nacido de teorías elaboradas previamente, sino de la acción. Evidentemente, los sacerdotes no empezaron sin idea previa alguna. Partían, por ejemplo, de que la Iglesia es una comunidad lograda por la Palabra de Dios que ésta debe manifestarse en una comunidad. Pero para realizar esa idea los sacerdotes comprendieron la necesidad de conocer la realidad de su medio ambiente. De aquí que antes de establecerse como profesores se convirtieron en discípulos. Aprendieron, igual que ese pueblo sencillo y humilde, cómo enseñar (si en el campo del apostolado uno puede utilizar el verbo que Paulo Freire rechaza en su campo de la educación). Las técnicas y modos de acción que han logrado, por este camino, han dado por resultado ese primer paso. Lo curioso es que, siguiendo en su propia pastoral métodos no académicos, lograron las mismas conclusiones de los famosos teólogos de nuestra época.

Los misioneros no empezaron a enseñar, por ejemplo, la doctrina del sacerdocio de los fieles. Eso tendría muy poco sentido para un pueblo tan ignorante en materia de religión. En cambio, empezaron partiendo de las raíces del pueblo, removieron su sentido de solidaridad humana. "Debemos unirnos entre nosotros mismos", dijeron en primer lugar. Más tarde, cuando enfrentan directamente al desafío: "Debemos convertirnos en la mejor comunidad de Panamá" —invocando el concepto que los hebreos expresaron con su palabra *am* (laós)— despertaron un profundo sentido

de responsabilidad en el pueblo de San Miguelito. Con tal espíritu fue planteado el mensaje cristiano.

Así, han aparecido hombres con capacidad de líderes, hombres que la comunidad ha reconocido en seguida como sus verdaderos guías. Sensibilizándose al urgente deseo de realizar algo para su pueblo, muchos empeñaron energías que nunca sospecharon poseer, energías hasta ahora mal dirigidas o simplemente dormidas. Un gesto de reconocimiento de un vecino; una palabra de aprecio de parte de un sacerdote; y más aún, la realización progresiva del mensaje cristiano, todo esto ha lanzado unas docenas de hombres sobre el camino del liderazgo. Lo que ha sido de mayor importancia para cada uno de los líderes fue el apoyo que sus familiares les han brindado. El respaldo que los hombres reciben de sus esposas, la bondad de ellas, compartiendo los mismos ideales, éstos son sus más grandes estímulos.

Una vez más, los líderes laicos no han sido el producto de una teoría. Nunca han dado una clase sobre la psicología del líder o un curso para entrenamiento de líderes. Estos líderes surgieron como expresión de la comunidad en una dialéctica real de acción pastoral.

Sin líderes laicos no hay comunidad

El experimento de San Miguelito muestra que hay una estrecha correlación entre la presencia de un líder laico y la existencia de una comunidad. Así, cuando un barrio no está todavía evangelizado —y muchos de éstos no lo están aún— no se debe a que los sacerdotes hayan paralizado el trabajo en esos barrios, sino porque a pesar de todos los esfuerzos, en ellos no se ha levantado un verdadero líder laico. En tanto no haya líder, el trabajo de evangelización continúa siendo tangencial, externo y dirigido desde su exterior. O de otra forma, cuando un líder laico surge, empiezan a suceder las cosas. Es como si el barrio —hasta ese momento una fuerza sin centro (para utilizar una frase de Teilhard)— encuentra un centro de convergencia y activación. El nacimiento de un líder laico es suficiente para producir el nacimiento de una comunidad, y desde el momento en que una comunidad toma forma, no se necesita mucho tiempo para despertar otros apóstoles. No hay vida cristiana sin comunidad y no hay comunidad sin líderes laicos. El sacerdote, por supuesto, es el primer inspirador y polarizador de ese proceso, pero muy difícilmente él puede ser más que eso.

Lo que se necesita es contribuir a la formación de los hombres como tales. Cuando el pueblo está formado descubrimos que lo que "los misericordiosos" están tratando de hacer está casi realizado. Hoy existe en San Miguelito una comunidad que puede y debe cuidarse de sí misma. Muchos de sus miembros, principalmente los líderes laicos, han organizado y están organizando cooperativas, talleres, escuelas profesionales. Aquí podemos captar la realidad del texto evangélico: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas las demás cosas se os darán por añadidura."